Capítulo primero

La crisis del orden hegemónico de los Estados Unidos

Jorge Dezcallar de Mazarredo

Resumen

La presidencia de Donald Trump ha desconcertado por igual a amigos y enemigos, al tiempo que renunciaba a las que habían sido las líneas maestras de la política norteamericana desde 1945 sin sustituirla por otra, provocando desconfianza en el mundo. Si a eso se añaden los problemas internos de crecientes desigualdades, racismo y mal manejo de la pandemia, no es de extrañar que el prestigio internacional de los EE. UU. haya sufrido y con él el de la democracia de la que Washington es paladín en el mundo.

Joe Biden intenta revertir esta situación regresando a la política tradicional. Sabe que EE. UU. necesitan un orden internacional que deben acordar con sus aliados y que luego deben defender juntos. Para ello debe restablecer la buena relación con Europa y luego definir una política clara con relación a China y a Rusia, con los que actualmente tenemos contenciosos particularmente peligrosos en Taiwan y Ucrania. Pero se encuentran con que China y Rusia tienen otras ideas y ofrecen un modelo alternativo y autoritario de gobernanza global que tiene atractivo para muchos países.

Palabras clave

Prestigio, crisis, confianza, democracia, fin dominio occidental, nuevo orden internacional, China y Rusia, negociación, Taiwan, Ucrania.

The crisis of the United States hegemonic order

Abstract

The presidency of Donald Trump has puzzled friends and enemies alike, while renouncing those that had been the main lines of American politics since 1945 without replacing them with others, provoking distrust in the world. If we add to that the internal problems of growing inequalities, racism and mismanagement of the pandemic, it is not surprising that the international prestige of the United States has suffered and with it that of the democracy that Washington is a champion of in the world.

Joe Biden tries to reverse this situation by returning to traditional politics. He knows that the United States needs an international order that it must agree with its allies and then defend together. To this end, it must restore good relations with Europe and then define a clear policy with regard to China and Russia, with whom we currently have particularly dangerous disputes in Taiwan and Ukraine. But they find that China and Russia have other ideas and offer an alternative authoritarian model of global governance that appeals to many countries.

Keywords

Prestige, Crisis, Trust, Democracy, End of western Dominance, New International Order, China and Russia, Negotiation, Taiwan, Ukraine.

La imagen de un país es esencial para liderar, se construye a lo largo de muchos años y se puede destruir en muy poco tiempo. Eso es lo que le ha ocurrido a los Estados Unidos en el plano internacional tras cuatro años de «aberración», como ha llamado Richard Haass al mandato de Donald Trump, coronado con la guinda del asalto al Congreso, sede de la democracia, en enero de este año, por parte de fanáticos enfervorizados que decían hacerlo en nombre de esa misma democracia. Pretender sustituir la democracia representativa por la llamada democracia directa de la calle, fácilmente manipulable, ha sido un duro golpe a la imagen internacional de los EE. UU. y a la propia idea de la Democracia, con mayúscula, de la que se supone que los Estados Unidos son los paladines desde la Segunda Guerra Mundial. La caótica evacuación de Kabul ha sido una desafortunada contribución de Joe Biden a un mayor deterioro de la imagen de un país que se presentaba a sí mismo como la nueva Jerusalén que pretendía guiar al mundo y que de hecho lo ha guiado desde 1945. Porque una política exterior coherente y fuerte, esencial para ejercer liderazgo, exige al menos tres condiciones: instituciones sólidas, una economía pujante y saber dónde se quiere ir... y lo ocurrido en EE. UU. estos últimos años arroja muchas dudas sobre las tres condiciones que acabo de mencionar.

Que la presidencia de Donald Trump ha hecho mucho daño a la imagen de los Estados Unidos no lo pone en duda nadie y por eso extraña todavía hoy el elevado número de votos que obtuvo en su pretensión de ser reelegido cuando la opción que se presentaba a los electores parecía muy clara: ¿quieren ustedes un presidente que les una o que les divida, un país que funcione como un Estado de derecho o en el que no se respete la división de poderes, un mundo basado en normas iguales para todos o en el que impere la ley del más fuerte? Porque eso es lo que ofrecía Biden frente a Trump, cuya presidencia ha despreciado tanto trabajar con aliados como las alianzas y las organizaciones internacionales que constituyen la espina dorsal del multilateralismo internacionalista que ha guiado la propia política de Washington desde la derrota de los fascismos en Europa y del imperialismo japonés en Asia. Que además se retirara de organizaciones y tratados internacionales, aplaudiera el Brexit y pareciera sentirse más a gusto con autócratas como Putin, Kim Jong-un y Erdogan, o con populistas como Johnson u Orban, solo completa una triste imagen que de puertas adentro se mostraba incapaz de combatir con eficacia una pandemia del coronavirus cuya gravedad negaba, o veía crecer los disturbios raciales y el supremacismo

blanco y en momentos hasta parecía impulsarlos, por no hablar de su misoginia y ofensas a las minorías hispanas y afroamericanas, críticas a la prensa independiente y a los mismos jueces... Con estos mimbres no es de extrañar que los Estados Unidos perdieran atractivo para el resto del mundo y que esa pérdida fuera aprovechada por otros países que quieren competir por el liderazgo mundial como es China y en mucha menor medida la propia Rusia.

Para liderar y ser admirado hay que ser antes digno de admiración y en muchos campos los EE. UU. hoy no lo son. Y lo escribo con pena. En el ámbito interno la sociedad estadounidense es muy desigual, los ricos son cada día más ricos y los pobres lo son más y también más numerosos. No es casualidad y Thomas Piketty ha mostrado la relación entre las políticas de Reagan, de Bush o de Trump con esta situación. Es una sociedad donde los afroamericanos o los hispanos ganan menos, sufren más de obesidad, de ignorancia o de falta de oportunidades y viven menos tiempo. Han sufrido con mayor rigor la epidemia del coronavirus y han muerto en porcentajes mayores que los blancos ricos. También padecen mayor violencia policial y tienen más riesgo de dar con sus huesos en la cárcel. Las tensiones raciales que sacudieron el país entero tras la muerte del George Floyd, filmada en directo, como consecuencia de la brutalidad policial dieron la vuelta al mundo. Tampoco la lucha contra el virus de la COVID-19 ha sido modélica: hoy están vacunados un 56 % de norteamericanos y un 80 % de españoles. Son cosas que hacen que la sociedad norteamericana resulte poco atractiva para el observador extranjero. El asalto populista al Congreso, templo de la democracia, ha sido la guinda en el pastel de ese desprestigio.

También en el plano internacional la imagen norteamericana podría ser mejor. Recibió un duro golpe en Vietnam y no mejoró tras la invasión de Irak por motivos que no tenían que ver con las razones que se adujeron, sin lograr tampoco crear allí la democracia que Bush anunció a bombo y platillo al declarar su guerra contra los países del «Eje del Mal». Luego Obama no respetó las líneas rojas trazadas por él mismo en relación con el uso de armas químicas por parte del régimen sirio contra su propia población, y el abandono por Trump de los kurdos a su suerte después de utilizarlos como ariete contra el Estado Islámico. La denuncia unilateral del Acuerdo Nuclear que la comunidad internacional había suscrito con Irán en 2015 proyectó la imagen de un país que no respeta sus compromisos internacionales, igual que sucedió con

la retirada del Acuerdo de París sobre el Clima, o el abandono de la Organización Mundial de la Salud en plena pandemia, aunque ahora Biden trate de remediar esas decisiones. También ha faltado liderazgo americano en la lucha contra la pandemia de la COVID-19 y sus efectos en el mundo, siendo esta la primera crisis global en que esto sucede. Y ahora en Afganistán, tras veinte años de guerra iniciada irónicamente con la Operación Libertad Duradera, después de miles de muertos y de un billón de dólares gastados para nada, deja detrás el caos y un Emirato Islámico que envuelve a las mujeres en medievales tinieblas opresoras.

Se esperaba que Joe Biden revirtiera esta situación y hay que reconocer que lo ha intentado: aplaude el multilateralismo y un orden internacional basado en normas claras e iguales para todos, ha regresado al Acuerdo de París, trata de tomar contra viento y marea medidas enérgicas en favor de las energías renovables dentro de casa, se manifiesta claramente en contra de las autocracias hasta el punto de convocar una Cumbre para la Democracia, discute con los iraníes cómo regresar al Acuerdo Nuclear, ha prorrogado por cinco años el Tratado START 2 con Rusia sobre misiles intercontinentales mientras abría otras negociaciones sobre desarme, apoya a las Naciones Unidas, respalda a la OTAN, y en conjunto ha puesto sobre la mesa lo que ya se llama «doctrina Biden» que parece reconocer que la seguridad de su país necesita un orden internacional y que es preciso que una gran potencia como son los Estados Unidos invierta en él, lo defina junto con otros países, lo proteja y lo defienda, luchando contra la tendencia que parece ganar terreno allí y en todas partes de querer aprovechar sus beneficios sin invertir en su mantenimiento. Pero si Biden es claro en sus preferencias parece serlo menos en su determinación de defenderlas cuando interfiere la *real-polítik* y así habla de democracia y de valores, pero solo los respalda de verdad cuando coinciden con los intereses norteamericanos y por eso se entiende con Modi en la India, o con Duterte en Filipinas, y abandona a las mujeres afganas a su suerte tras veinte años en Afganistán, o a los kurdos en Siria que tanto ayudaron en la lucha contra el Estado Islámico. Biden ha declarado querer terminar con «una era de operaciones militares para rehacer a otros países», renunciando a eso que ese ha llamado *nation building* tan de moda en la época de George W. Bush y a pretender exportar la democracia a países que simplemente no están mentalmente preparados para recibirla. También se ha decantado con claridad por la diplomacia frente al uso de la fuerza, sin llegar a descartar esta última para reforzar la primera en caso de necesidad. Así

le dijo al primer ministro israelí Bennett, durante una reciente visita a Washington, que si la diplomacia no lograba detener las ambiciones nucleares de Irán, los EE. UU. estaban «abiertos a poner en marcha otras opciones», aunque sea legítimo interrogarse sobre su voluntad real de poner «botas sobre el terreno» en Irán o en Corea del Norte si llegara el caso, habida también cuenta de lo poco popular que en principio sería la medida en una opinión pública justificadamente harta de conflictos bélicos. Haría falta explicar muy bien su absoluta necesidad y eso requeriría mucha didáctica. Donde está clara la voluntad de Biden de utilizar la fuerza es en relación con el terrorismo y en particular con el de raíz islamista, la ha utilizado en Siria e Irak contra células de Al Qaeda y restos del Estado Islámico, así como contra milicias proiraníes responsables de ataques contra instalaciones militares norteamericanas. Y también la ha usado con variada fortuna contra presuntos responsables del atentado terrorista durante la evacuación del aeropuerto de Kabul.

Lo que sucede es que el presidente no oculta tampoco su determinación de combatir el terrorismo desde lejos, *over the horizon*, como ha dicho, usando drones y misiles, y si es cierto que eso disminuye el riesgo de que se produzcan víctimas americanas, no lo es menos que será mucho más complicado obtener a distancia la inteligencia y la información necesarias para poder hacerlo con precisión, en el momento oportuno y sin causar víctimas inocentes como aconteció en la respuesta al atentado terrorista en el aeropuerto de Kabul. Y sin embargo no es eso lo que ha hecho en la guerra afgana que enfrentaba al gobierno de Ashraf Ghani con las milicias de los talibanes. En Afganistán su deseo de acabar con «la guerra interminable» que ya había hecho patente en su época como vicepresidente (lo cuenta Barack Obama en sus memorias *A promised land* y antes lo había hecho Bob Woodward en su libro *Obama's wars*) le llevó a aceptar sin rechistar el mal acuerdo hecho por Trump que no era de paz sino para facilitar la retirada norteamericana sin más muertos, que no es poco. No intentó renegociarlo con los talibanes o incluir nuevas exigencias y se limitó a extender en tres meses el plazo para la retirada, abandonó apenas quince días antes la base de Bagram que hubiera sido importante para las labores de evacuación, y el resultado de todo ello desmoralizó hasta tal punto al gobierno y ejército afgano que se diluyeron como un azucarillo en agua en tan solo un par de semanas. Y lo hizo con desacuerdos con la cúpula militar como los mismos militares han reconocido ante el Comité de Fuerzas Armadas del Senado, mientras también saca-

ban pecho por «el mayor puente aéreo de la historia» que «ningún otro ejército hubiera podido llevar a cabo». Claro que si la decisión se hubiera dejado en manos del Pentágono no sería tampoco descabellado suponer que no solo no hubiera habido retirada, sino que probablemente seguirían allí los cien mil soldados que se desplazaron en el pasado a Afganistán. Tampoco consultó Biden con sus aliados de la OTAN que tenían tropas en Afganistán y que se vieron forzados a evacuar Kabul en el momento que decidió Washington sin contar con ellos, un «comportamiento trumpiano» que ha producido en los aliados europeos frustración por su propia incapacidad operativa y desconfianza ante el aliado norteamericano que únicamente parece guiarse por sus propios intereses. El resultado es conocido, Josep Borrell ha descrito la retirada como «una catástrofe para el pueblo afgano, para los valores occidentales, y para la credibilidad y el desarrollo de las relaciones internacionales», y el propio Biden la ha calificado de chapucera (*messy*) a la vez que ofrecía un éxito inesperado a otros países interesados en Afganistán como son Pakistán, Irán, China y Rusia entre otros. Todos ellos celebran la que llaman *derrota* estadounidense y no ocultan la satisfacción que les produce, mientras muestran aprensión por la inestabilidad que allí se puede generar ahora —y probablemente se generará— en forma de terrorismo, refugiados y tráfico de drogas, sin que sea en absoluto descartable a partir de ahora una pugna encubierta entre ellos por ocupar el espacio afgano que los americanos dejan con su retirada.

Lo malo no es solo la caída de la popularidad e imagen de Joe Biden dentro de los Estados Unidos o del mismo mundo sino el desprestigio de los EE. UU. y por ende de la misma democracia de la que son paladines. Chinos y rusos ahora piensan que los americanos están en decadencia al igual que también lo está en su opinión el sistema democrático, que los americanos no tienen voluntad real de luchar y que es necesario dotar al mundo de un juego de reglas de funcionamiento diferentes de las que lo han regido desde 1945 con Washington como garante último. Y eso es una pésima noticia para el mundo occidental porque serán reglas alejadas de nuestro sistema occidental de valores.

Hay un proverbio japonés que afirma que una reputación de mil años puede depender de la conducta de una hora. Quedan lejos los años cincuenta del pasado siglo cuando los EE. UU. competían con la URSS en un contexto bipolar y el *American way of life* era la envidia del mundo como entre nosotros mostraba con fina

ironía Luis Berlanga en *Bienvenido Mister Marshall*. La imagen de los EE. UU. se agrandó luego durante la Guerra Fría como defensor de los valores de la democracia liberal con su comportamiento en lugares como Berlín o la península de Corea, tanto por méritos propios como por los errores de las dictaduras comunistas de Rusia y de China, hasta recibir su primer aviso con la derrota en Vietnam, salpicada de protestas en las calles americanas (eran los años del fenómeno *hippie*, de Allen Ginsberg, de Jack Kerouac, de Joan Baez, Bob Dylan y Janis Joplin) y de los helicópteros evacuando al personal desde la azotea de la embajada en Saigón, en una imagen icónica que se temía que pudiera reproducirse en Kabul y que por esa misma razón los americanos han tenido buen cuidado en evitar a toda costa. Tampoco ha mejorado esa imagen la invasión de Irak en 2003 sin el adecuado respaldo del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas con la excusa de buscar armas químicas y bacteriológicas que nunca se encontraron.

Estados Unidos ha sido durante los últimos 70 años y sigue siendo hoy el «líder indiscutido del mundo libre» (aunque no lo haya querido ser durante la presidencia de Donald Trump) y su imagen está vinculada a la misma democracia de la que es paladín. Y si hoy la democracia está en decadencia en el mundo, como muestran los últimos informes de *Freedom House*, es porque también lo está en los propios Estados Unidos, cuya calidad democrática ha bajado durante los últimos años según recogen diversos baremos especializados.

Pero que el prestigio norteamericano en el mundo haya recibido duros golpes no quiere en modo alguno decir que estemos ante el principio de un mundo posamericano, como se ha puesto de moda repetir. EE. UU. no fue capaz de integrar ni a China ni a Rusia en el orden internacional durante los diez años que duró su hegemonía incontestada, desde que cayó la Unión Soviética en 1991 hasta los ataques terroristas del 11 de septiembre de 2001 contra sus símbolos de poder militar (el Pentágono) y económico (las Torres Gemelas del *World Trade Center*) y mostraron al mundo su vulnerabilidad (es probable que el tercer avión secuestrado se dirigiera contra el Capitolio o la Casa Blanca, símbolos del poder político, cuando fue derribado por la bravura de sus pasajeros). Y ahora está pagando esa incapacidad para integrarlos pues se encuentra con una China y una Rusia hostiles.

Con Rusia, una «potencia regional» como la llamó en su día Obama (algo que Putin nunca le ha perdonado), Biden ha adoptado una política de mayor firmeza que Trump. Biden es un hom-

bre de la vieja escuela que creció y se formó políticamente en tiempos de comunismo, de la Guerra Fría y de «la destrucción mutua asegurada» y que guarda una animosidad indisimulada por Rusia. A diferencia de Trump, a Biden no le gusta Putin (le llamó hace años «hombre sin alma» y más tarde también «asesino») pero le considera más un incordio que un verdadero peligro y, a diferencia de Obama, no habla de poner el contador a cero (*reset*) con Moscú, aunque tampoco quiere arriesgarse a una escalada. Al mismo tiempo, el macho alfa y líder nacionalista que es Putin ve con aprensión y desagrado la expansión de la OTAN hacia los países Bálticos en su propia frontera y la sensación de «estrangulamiento» que eso le suscita. Son varios los contenciosos que enfrentan hoy a Rusia y los Estados Unidos: la anexión de Crimea y la desestabilización de Ucrania, los coqueteos de Kiev con Occidente, las injerencias en las elecciones norteamericanas, las paralelas acusaciones rusas de que los americanos intervienen en sus asuntos domésticos, los derechos humanos (Navalny), las recíprocas expulsiones de diplomáticos y el cierre de consulados, el apoyo que el Kremlin presta al dictador bielorruso que desvía aviones para detener a opositores políticos o empuja a los refugiados hacia países vecinos, las mismas apetencias rusas sobre Bielorrusia que ya no se ocultan, las continuas injerencias telemáticas y el ciberterrorismo, y un largo etcétera sin olvidar los continuos esfuerzos que Moscú hace en el mundo no solo para desacreditar a los norteamericanos y sus políticas sino también para meter cuñas en la relación entre Bruselas y Washington. Pero EE. UU. no quiere empeorar las cosas y en el fondo su política respecto de Rusia es de *damage control* para impedir que esas tensiones deriven en conflictos y, sobre todo, y para evitar empujarla hacia un acercamiento mayor a China.

A pesar de estas evidentes diferencias, hay algo en lo que ambos concuerdan porque conviene tanto a Estados Unidos como a Rusia y es la conveniencia de dotar de una cierta estabilidad y predictibilidad a su relación bilateral con el objeto de evitar sobresaltos, en la medida de lo posible. Es lo que Biden y Putin pretendieron hacer en la Cumbre bilateral que mantuvieron en Ginebra el pasado mes de junio, porque ambos saben que no es inteligente jugar con fuego y porque también saben que hay asuntos en los que deben entenderse tanto en beneficio mutuo como general, por ejemplo, en desarme. Una vez acordada una prórroga de cinco años del Tratado START 2 sobre reducción de misiles estratégicos con objeto de darse tiempo para negociar su extensión, cabe tratar de ulteriores reducciones de los respectivos arsenales

y de cómo incorporar a China al esfuerzo de desarme, que no será fácil dada la diferencia que aún le separa de Moscú y de Washington en este ámbito (1.500 cabezas nucleares cada uno frente a 300 de China), o de otros tratados de desarme recientemente denunciados por unos u otros como el INF sobre misiles de medio alcance en Europa o el de Cielos Abiertos. El desarme es el campo más obvio de posible colaboración en beneficio mutuo. Como también lo son el clima o la lucha contra la pandemia, donde la urgencia es grande (en Rusia las cifras de fallecidos estaban aumentado mucho a finales de 2021) y el espacio para cooperar es muy amplio. También podrían trabajar juntos en asuntos de proliferación nuclear como los que plantean Irán y Corea del Norte y por eso es un dato negativo que los rusos acaben de decidir cerrar su embajada ante la OTAN citando agravios (como la expulsión de espías con cobertura diplomática), porque ofrecía un excelente marco para tratar de algunas de estas cuestiones en un contexto más amplio que el puramente bilateral.

Un problema adicional es que europeos y americanos no vemos exactamente de la misma manera la relación con Rusia: mientras que para Washington se trata esencialmente de una relación estratégica, para los europeos (que no estamos totalmente de acuerdo entre nosotros porque los países del Este temen a Moscú, tienen buenas razones para hacerlo y son partidarios de políticas más duras) es también una cuestión estratégica que se complica por cuestiones de vecindad y por ser Rusia la que nos suministra el 40 % del gas que importamos (otro contencioso, esta vez entre europeos y americanos, es el del gasoducto Nordstream 2 entre Rusia y Alemania) y que nos sirve para hacer la electricidad que actualmente está por las nubes. En este complicado contexto, una relación «estabilizada» con Rusia le conviene mucho a los EE. UU. no solo porque les dejaría las manos más libres con China, sino que tranquilizaría también a los europeos y los podría animar a adoptar una actitud más firme con Pekín y sus violaciones de prácticas comerciales y de derechos humanos.

A Biden lo que le preocupa de verdad es el ascenso de China, y hay que reconocer que ha sido la retirada de Afganistán la que le ha permitido hacer un rápido giro hacia Asia. No perdió ni un minuto. Se lo ha permitido porque en Afganistán los EE. UU. han cerrado setenta y cinco años de obsesión con Oriente Medio, una región sin grandes potencias que alberga al 5 % de la población mundial, que solo exporta hidrocarburos y en la que se han empantanado durante

mucho tiempo. Ahora Biden la deja porque Washington puede decir que ha cumplido los cuatro objetivos que inicialmente le llevaron allí: asegurar el flujo de petróleo en cantidad y precios adecuados (hoy tienen superávit gracias al *shale*); evitar la penetración soviética en Oriente Medio (hoy Rusia busca hacerse allí un hueco pero sin la misma capacidad y peligro que tenía la URSS); asegurar la protección de Israel (que con la ayuda militar que recibe de Estados Unidos y los Acuerdos Abraham se defiende solo); y evitar ataques terroristas como los de 2001 (el Estado Islámico ha sido territorialmente derrotado, Al Qaeda descabezada y en EE. UU. no ha habido ningún ataque terrorista islamista desde 2014). Es cierto que aún le quedan allí un nuevo gobierno iraní poco proclive en apariencia a renegociar el *Joint Comprehensive Plan of Action* firmado en 2015 con Obama y al que Biden le quiere añadir algunas cláusulas para hacerlo *longer and stronger* (Irán exige la previa retirada de todas las sanciones y el imposible compromiso de que lo que se firme será respetado por futuros presidentes) y la nunca extinguida amenaza de nuevos ataques terroristas.

Pero es China la que requiere ahora la atención máxima porque hay consenso bipartisano en Washington sobre la amenaza que supone para la hegemonía norteamericana en el mundo. Es un país cuya economía pasará pronto a la norteamericana; que amenaza su supremacía tecnológica (dedica 300.000 millones de dólares a inteligencia artificial); que está invirtiendo mucho dinero en armamento (su presupuesto de Defensa de 250.000 millones de dólares aún está lejos del norteamericano con 760.000 millones, pero ya cuadruplica al ruso que se queda en unos modestos 60.000 millones); que defiende un modelo alternativo de gobernanza global de corte autoritario con mucha aceptación entre países del tercer mundo; que utiliza discutibles prácticas monetarias, comerciales y regulatorias, sin excluir *dumping* o piratería industrial; que amenaza con un indisimulado expansionismo ilegal hacia el mar del Sur de China y la propia República de Taiwán, sobre la que Xi acaba de hacer declaraciones que no dejan lugar a dudas respecto de sus intenciones finales, que acaba de engullir a Hong-Kong sin respetar los acuerdos hechos cuando de allí se retiró el Reino Unido, y que oprime en Xinjiang a la minoría uigur a cuyos miembros recoge en «campos de reeducación» en lo que Washington ha calificado de «genocidio». Por su parte China, a la que Xi Jinping ha dotado de una política de corte nacionalista y asertivo, abandonando la de Deng Xiaoping de tener paciencia y «ocultar sus capacidades», cree que los Estados Unidos le son hostiles, le acosan, no paran de inmiscuirse en sus asuntos

internos, le declaran guerras comerciales e impiden que ocupe el lugar que le corresponde por derecho propio en el reparto mundial de poder. Y está decidido a ocupar ese espacio, empezando por elaborar unas reglas de juego diferentes que respondan a su cultura y su tradición, y que le eviten la molesta sensación de ser objeto de ataques y críticas constantes por parte de Occidente por su forma de ver las cosas. Es triste constatar que en 2021 no sería posible adoptar por consenso la Declaración Universal de Derechos Humanos que la Asamblea General de las Naciones Unidas votó unánimemente en 1948.

Es en Taiwán donde puede saltar la chispa que podrá desembocar en un conflicto mayor. Xi no oculta su voluntad de «reintegrarla a la madre patria» y acaba de declarar que prefiere hacerlo por medios pacíficos, aunque no excluye los otros si los primeros no dan resultado apetecido. Xi insiste en ofrecer la fórmula de «un país, dos sistemas» y después de lo ocurrido en Hong-Kong, Tsai Ingwen, presidenta democrática de Taiwán, no está comprensiblemente por la labor, en realidad muy pocos taiwaneses lo están, apenas un 4 %, con un 30 % a favor de la independencia total y un 50 % favorable a mantener el estatuto actual, fruto de la «ambigüedad estratégica» pactada por Nixon y Mao tras la «diplomacia del ping-pong» que idearon Kissinger y Chu En Lai. Por ella los EE. UU. reconocían que hay una sola China, que solo ella tendrá un asiento en las Naciones Unidas y que a cambio se comprometía a no alterar el estatuto de Taiwán si no fuera con acuerdo de los taiwaneses. La superioridad militar norteamericana sigue siendo apabullante, pero no lo es tanto en el «extranjero próximo» del mar del Sur de China, donde Pekín invierte últimamente mucho para lograr la superioridad. Xi quiere pasar a la historia como el *reunificador* y tiene en mente la fecha tope de 2049 en que se celebra el centenario de la revolución de Mao, aunque los expertos norteamericanos creen que los chinos estarán preparados en tan solo cinco años (2026) para intentar usar la fuerza a pesar de que la insularidad de Taiwán, su orografía montañosa y sus veintitrés millones de habitantes aseguran una operación muy arriesgada militarmente y un desastre desde el punto de vista de las relaciones públicas de China y de su imagen internacional. Son frecuentes en Washington los comentarios que temen «errores de cálculo» (Michelle Flournoy), que auguran la «trampa de Tucídides» (Graham Allison) que se refiere a la decisión de Esparta de atacar preventivamente a Atenas antes de que se hiciera demasiado fuerte, o que novelan sobre un incidente en el mar del Sur de China que desencadena el conflicto (*2034,*

a novel of the next world war del almirante James Stavridis). La presión de China sobre la isla ha aumentado en los últimos tiempos con sobrevuelos frecuentes en la zona de identificación aérea de Taiwán y con la celebración de maniobras militares en la cercana provincia de Fuhan. Es un problema al que hay que dar la importancia que tiene porque un error es posible en ese ambiente caldeado y, como ha dicho el propio Biden, «peor que una guerra es una guerra que no se desea». El presidente norteamericano ha dejado muy claro también que su apoyo a Taiwán es «sólido como una roca» aunque sin llegar a comprometer su apoyo militar de forma inequívoca. Lo que pasa es que en lo ocurrido en Kabul los chinos pueden ver debilidad y escaso deseo de lucha por parte de Washington. Sería un error porque EE. UU. tal y como están las cosas no puede dejar caer a Taiwán sin causar un daño irreparable a su imagen como socio fiable y a sus relaciones con aliados del Indopacífico tan importantes como Japón, Australia, la India o Filipinas, entre otros. Probablemente sea Taiwán el punto más caliente del planeta en los próximos años.

Pero si hay algo que a Washington le quite más el sueño que su relación con China, es la posibilidad de que Moscú y Pekín se aproximen y le hagan «un Nixon» en recuerdo a lo que Nixon y Kissinger —juntamente con Mao y Chu En-Lai— le hicieron a Brezhnev en 1972 y que le dejó muy *descolocado*. Últimamente China y Rusia se están acercando, poco a poco, pero de forma innegable (gas, armas, comercio, etc.) y mientras escribo estas líneas están llevando a cabo maniobras navales conjuntas en el océano Pacífico. Es un acercamiento que se ve favorecido por los mutuos recelos frente a los EE. UU. pero que también tiene límites como las respectivas apetencias sobre Asia Central. A favor de los americanos juega también el carácter nacionalista de Putin, que difícilmente podrá aceptar ser el socio menor de esa eventual —pero en absoluto descartable— alianza.

En muy pocos años hemos pasado de la bipolaridad de la Guerra Fría a la hegemonía incontestada de los EE. UU., y hoy nos encaminamos a una bipolaridad imperfecta con dos polos mayores, Estados Unidos y China, que tendrán que contar con la Unión Europea cuando quieran tratar de temas económicos y comerciales en el mundo, o con Rusia si discuten cuestiones de desarme. Vamos así hacia un mundo en el que no faltarán las tensiones y que será ciertamente más incómodo hasta que el nuevo orden geopolítico se asiente y eso exigirá llegar a acuerdos sobre las normas que lo regulen porque sin ellas se impondría la lógica de

la fuerza que a muy pocos puede interesar. Y desde luego no a una potencia media como España. Para lograrlo es necesario que tanto Estados Unidos como China, como cabezas de fila, reconozcan que un sistema internacional dotado de principios, reglas, normas y estándares comunes da estabilidad, acaba beneficiando a todos y vale la pena negociarlo y pactarlo en un foro multilateral apropiado. Aunque no sea fácil, ese es el principal reto de nuestro tiempo e implica, ineluctablemente, el fin de un dominio occidental del mundo que ha durado 500 años.

En este mundo más digitalizado, tecnológico, globalizado, incierto y desigual, Estados Unidos seguirá siendo todavía durante muchos años el gran país que es, el líder mundial. Pero ahora saben que ya ni pueden hacerlo todo solos ni son ya «la luz encima de la colina» que anima a otros por el camino de la libertad, la democracia y el bienestar. Y eso es una mala noticia porque la alternativa al liderazgo americano es mucho peor. Y es la que propugnan los que ahora se alegran de lo ocurrido en Afganistán y lo consideran todo un síntoma de cambio de era geopolítica.